



LA LUZ

Decenal

de literatura, ciencias
y artes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

San José, n.º 1



Número suelto, 10 cénts.



EL ESPÍRITU Y LA NATURALEZA

Eternamente hubo empeñada larga competencia entre el Espíritu y la Naturaleza. La tierra estaba hecha y perfecta. Llevaba en sus polos ricos engarces de diamantes, nieves, en cuyas facetas se rompían, como una efusión de etéreos rubíes, las rojas auroras boreales. Tenía por manto el Océano, de franjas espumosas circuido y bordado de estelas y fosforescencias mágicas como una túnica imperial de los tiranos de Oriente. Los bosques tropicales con sus flores inmensas, sus árboles gigantescos, sus ríos tan caudalosos como mares, sus bandadas de pájaros semejantes á ramilletes con alas, sus mariposas de todos colores y todos los matices imaginables, ceñíanle un cinturón de rica pedrería. Y allá en lo infinito que de corona le sirviera, brillaban desde el sol y el sol desde los soles hasta los planetas, y sus pálidos satélites, con enjambres de aerolitos y gases de nebulosas parecidas á las áureas cintas que adornan una tiara persa.

La tierra, al nacer, se miraba con verdadero engreimiento en los anchos espejos del espacio, y viéndose tan hermosa, decía que nada superior á ella se produciría en el Universo, porque nada puede superar á la Naturaleza, ni por ende al planeta, que es de la Naturaleza vivo y no igualado compendio,

Pero el Creador que le oyera tan ufano, pobre luciérnaga apenas salida de su larva, díjole por medio de hermosísimo ángel cómo podía hacer cosas más bellas aún que el Universo y más vívidas que la Naturaleza. No lo creyó la tierra, y continuó contemplando embebecida sus florestas y sus selvas, las áureas arenas de sus desiertos y las luminosas estrellas de sus noches, los relámpagos de sus tempestades y las reverberaciones de sus gotas de rocío, el mundo de formas, de colores, de armonías que produce en sus múltiples combinaciones la vida.

Y el ángel bajó, y enseñó no ya á la tierra sola, á todo el Universo—preso en el amor propio, pasión que se dilata hasta donde él se dilata—un vapor incierto, sin formas, sin colores, sin límites, extendiéndose fuera del tiempo y del espacio.

—¿Ves aquello?—le dijo.

—Apenas lo descubro,—respondió el Universo.

—Pues aquello es más hermoso que todos tus seres, más duradero, más vivo, más grande, más universal, porque aquello es un alma.

—¡Un alma! Y eso que apenas se vé ¿ha de superarme á mí?

—Ha de superarte.

—¿Dónde tendrá una arquitectura como la arquitectura de mis montañas y de mis valles?

—En el Parthenon de Atenas, en el Coliseo de Roma, en San Marcos de Venecia, en la Catedral de Toledo, en la Alhambra de Granada.

Aparecieron todos estos monumentos tales como Dios los tenía dibujados antes de ser en sus arquetipos eternos. ¡Y no se convenció la Naturaleza! Y preguntó:

—¿Dónde encontrarás colores como mis colores, y formas como mis formas?

Y el ángel le mostró las figuras de Rafael, las paletas de Ticiano, del Veronés y de Murillo. ¡Y no se convenció la Naturaleza! Y preguntó:

—¿Cómo producirá una sonata semejante á la sonata de mis áuras entre las palmas, y una melodía parecida á la melodía del ruiseñor sobre su nido?

Y el ángel tocó en el órgano inmenso de los cielos, donde duermen todas las melodías posibles, un eco de soledades andaluzas, un acorde de Mozart, una sinfonia de Beethoven, un Miserere de Palestrina y un suspiro de Bellini. ¡Y no se convenció la Naturaleza!

—¿Dónde, preguntó, habrá la multitud de mis seres?

Y el ángel le mostró todos los poemas, le abrió todos los libros de filosofía y le dijo:

—Sobre la multitud de tus seres se eleva la multitud de sus ideas.

Y la Naturaleza no se dió por convencida, y preguntó:

—¿Qué ser reunirá mi luz y mi amor? Si me muestras la inteligencia, la hermosura y sentimientos reunidos, me daré por vencido.

Y el ángel mostró en celajes del porvenir á Leonor con su frente radiosa de luz, sus ojos como dos abismos de ideas, su sonrisa sin igual y su hija entre los brazos como un mundo de amor y de esperanza.

Y al ver dibujarse tanta idealidad en lo infinito, se dió por vencido el Universo.

Y desde entonces todos los seres cantan en coro la superioridad del Espíritu sobre la Naturaleza.

EMILIO CASTELAR.

EN UNA CASA DE EMPEÑOS

Enrique Granier era un francés de gran corazón, y, sin embargo, se había establecido en Méjico, abriendo una casa de empeños.

No quiere esto decir que yo juzgue hombres de malos sentimientos á los que tienen casa de empeños, pero hay, sin embargo, necesidad de tener un carácter especial para fundar la propia ganancia en la desgracia ajena; por que es seguro de que solamente van á buscar el remedio en el empeño los perseguidos de la suerte, y allí se apuran hasta los últimos recursos, y allí, tras lo supérfluo, va lo necesario; después de la joya, llegan hasta el colchón y las prendas más indispensables.

Se encuentra allí, es cierto, la salvación del momento, pero se prepara la angustia de lo porvenir.

A pesar de eso, siempre el que sale de aquella casa muestra en el rostro algo de satisfacción; y es natural, pues si á dejar fué la prenda, sale con el dinero que remedia una necesidad ó salva de un compromiso; si á recuperarla fué, sale contento con ella, porque vuelve de reconquistarla, después de haberla creído perdida, y es ya un augurio de mejores tiempos. Pero á pesar de todo, es triste contemplar aquella

multitud de objetos, cada uno de los cuales es el símbolo de una angustia, de un sacrificio, de un dolor, y cada persona de las que vienen sueña que lleva un objeto de gran valía, que simboliza para él la esperanza de salvación, y se encuentra con el frío razonamiento del comerciante, que no ve en aquello el último recurso de una familia sin pan. sino una prenda que definitivamente puede venderse para cubrir la suerte principal y el interés del préstamo.

Y yo le hacía todas estas reflexiones á Granier, y él me contestaba:

—Mire Vd., en el fondo tiene Vd. mucha razón; pero en la lucha por la existencia los sentimientos románticos entran por muy poco en el cálculo. Además, el hombre se acostumbra á todo; se procura tratar á los clientes con la mayor benevolencia, y siempre viene con la reflexión este razonamiento: tienen que existir estas casas de empeños; y de no tenerlas yo, las tendría otro, que quizá fuera más rudo y sacrificara á los pobres.

—Tiene Vd. razón también; pero ahí, detrás de ese mostrador, habrá Vd. comprendido todas las miserias de la humanidad; habrá Ud. presenciado escenas conmovedoras.

—Sí, cosas terribles: oiga Vd. una historia muy sencilla, pero que á mí me conmovió profundamente.

—Cuéntemela Vd.

*
*
*

Era una tarde del mes de Diciembre; el tiempo estaba muy frío, obscurecía, y ningún parroquiano asomaba por la puerta de la casa. Iba yo á cerrar para arreglar mis cuentas, cuando entró una niña pequeñita, como de seis años, vestida muy pobremente, y que se acercaba como vacilando y con timidez al mostrador. Me causó compasión instintivamente, y como no alcanzaba para hablarme, me incliné sobre la mesa para verle la cara.

—¿Qué quieres?—la pregunté.

—Nada.

—¿Cómo nada? Pues entonces, ¿á qué vienes?

—Porque mi papá y mi mamá están enfermos en la cama, y no han comido en todo el día porque no tenemos, y yo vengo á empeñar.

—¿Vienes á empeñar? ¿qué traes á empeñar?

Y ella entonces sacó de debajo de un viejo y destrozado rebocillo con que se cubría un objeto pequeño, que me presentó con una especie de orgullo, al mismo tiempo que de dolor, y como quien sacrifica una riquísima alhaja, diciéndome:

—Pues vengo á empeñar mi rorro.

Era un rorro viejo y maltratado; que seguramente no valía dos céntimos.

Comprendí todo lo que pasaba en el corazón de aquella niña: el valor tan grande que daba á su muñeco, el doloroso sacrificio que hacía por sus padres al empeñarlo, y la esperanza tan lisonjera de obtener por él una gran suma.

—¿Y qué hizo Vd.?—le pregunté á Granier.

—Pues sentí un nudo en la garganta, y sin poder hablar, le dí á la niña cinco duros y le devolví su rorro, y me quedé llorando como un tonto sobre el mostrador.

EL GENERAL RIVAS PALACIO.

UNA CURIOSIDAD LITERARIA

SONETO SIN LA LETRA A.

En el fondo de golfos muy profundos
Tiene el Ponto vergeles primorosos,
Y existen en sus senos portentosos,
Gérmenes bendecidos y fecundos.

Pero otrosí, remedo de otros mundos,
No son todos sus timbres muy hermosos,
Que en su centro subsisten, dolorosos
Resíduos de esplendores infecundos.

Del mismo modo, el hombre en su derecho,
Pocos sus goces, muchos sus dolores,
Sin odios vive en su risueño lecho.

Pero si en pos del lucro y los honores,
Su prójimo se opone, ruge el pecho.
Y muere el Bien surgiendo los rencores.

F. MOLINO A.

EXPERIENCIA

Padres, tíos y mentores
Me decían: «Guarda, Juan,
O en el mundo te herirán
Mil enemigos traidores.»

Pensélo más tarde y ví,
A solas y sin testigos,
Que todos mis enemigos
Estaban dentro de mí.

JUAN TOMÁS SALVANY.

CÓMO HAGO MIS DRAMAS

SONETO

Escojo una *pasión*, tomo una *idea*,
un problema, un carácter y lo infundo,
cual densa dinamita en lo profundo
de un *personaje* que mi mente crea.

La *trama* al personaje le rodea
de unos cuantos *muñecos*, que en el mundo,
ó se revuelcan en el cieno inmundo,
ó se calientan á la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga;
el cartucho revienta sin remedio,
y el *actor principal* es quien lo paga.

Aunque á veces también, en este asedio
que al *arte* pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio á medio.

JOSÉ ECHEGARAY. •

AL ABANICO

DE LA BELLÍSIMA SRTA. A. F.

Abanico de gracia y donaire,
Tus varillas no agites preciosas,
Porque llegan los besos del aire
A tocar de su cara las rosas,

Más si tocas audaz esas flores,
Besa, y calla tan dulce perfidia,
Porque alguno que muere de amores,
Al saberlo no muera de envidia.

M. GUTIERREZ.

FRAGMENTO

Cuando el hombre en su arrogancia
Es ídolo de sí mismo,
Y el ciego indiferentismo
Deja ver de la ignorancia;

Cuando á toda noble idea
Cierra el alma embrutecida,
Y en el festín de la vida
Nada busca que alma sea;

Cuando reniega de Dios,
Desheredado de fe,
Y sólo mueve su pié
De la vil materia en pos;

Cuando ciego en su locura
Camina de yerro en yerro,
Y sólo adora al Becerro
Be Babilonia la impura;

Cuando deja se proclame
La desvergüenza sin miedo,
Y es el mundo un vil remedo
De pentápolis la infame.

Entonces Dios, á traves
De la horrenda niebla impura,
Escribe en la sombra oscura
Su *Mane, Thezel, Pharés,*

Y en sus profundos misterios
Imprime en la eternidad
La palabra *vanidad*
Con polvo de los imperios.

M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

EL GENIO

En la soledad del gabinete el sábio analiza, piensa, medita.

La frente sudorosa se apoyaba en la mano amarillenta y flaca: el pensamiento, con dor inquieto, incanzable, volaba por las regiones de lo ideal.

De súbito, un desaliento indefinible se apoderó de su espíritu. La duda, con sus tristezas desgarradoras, ocupó el lugar de la esperanza.

Ah! Luchar por la justicia, inmolarse en aras de la verdad y recibir en pago un copa de cicuta ó un Calvario!...

En todos los tiempos y en todos los climas, al *¡fiat lux!* de los Apóstoles del Progreso, ha respondido el *¡crucifical!* de las turbas!...

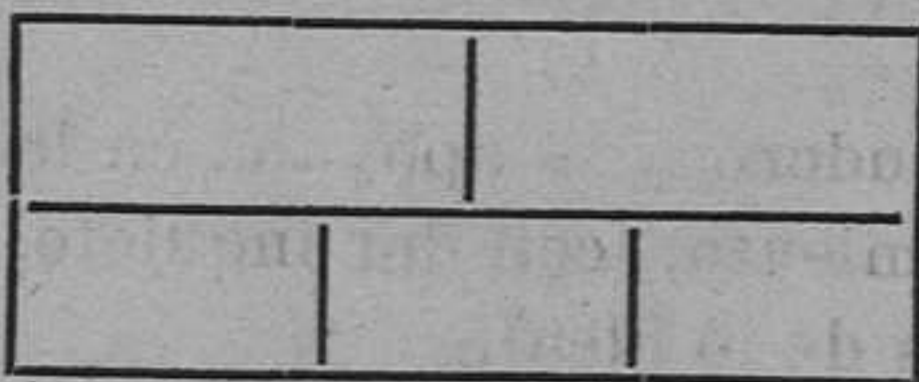
Pero sucedió que una voz dijo á los oídos del sábio: peregrino de la verdad, soldado de la justicia, yergue la frente abatida; cada siglo que vive la humanidad es un paso más en el sendero del progreso, «del perfeccionamiento acariciado.» La saliva que arrojan á tu rostro las multitudes ignotas se trocará un día en la corona de gayas flores, *regadas con el rocío de la inmortalidad!*

El sábio se levanta, sonríe, y cree. ¡La esperanza había recuperado el trono de su alma!

P. R. ESCOBAR M.



Se regalará **UN TOMO** de á peseta
al que primero presente su solución



Formar una figura igual á la presente, con tres plumas, sin pasarla sobre ninguna de las líneas ya trazadas.

NOTA. No se gratificará, si no se demuestra en presencia del Redactor.